

ANTONIO GÓMEZ

ESCRIBIR EL ESPACIO AUSENTE

Exilio y cultura nacional
en Díaz, Wajsman y Bolaño



Ensayo / Literatura

EDITORIAL
CUARTOPROPIO

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN	11
1.- Hablar desde más de un lugar	11
2.- La "alegoría nacional" y la literatura entre dos mundos	24
CAPÍTULO 1	
Jesús Díaz: el exilio y un nuevo pasado	39
1.- <i>Lejanía</i> y la retórica oficial	46
2.- <i>La piel y la máscara</i> : fuera de la revolución	52
3.- Una utopía retrospectiva	72
4.- La próxima república	77
CAPÍTULO 2	
Paula Wajzman: el exilio después del fin de la nación	83
1.- Un París postargentino	92
2.- Reescribiendo <i>Rayuela</i>	106
3.- Exiliados sin política	115
CAPÍTULO 3	
Roberto Bolaño: literatura y política después del fin del exilio	127
1.- El triste folklore del exilio	132
2.- Perderse en la espesura	141

CONCLUSIONES	171
BIBLIOGRAFÍA	181

INTRODUCCIÓN

1. Hablar desde más de un lugar

...el desplazamiento migratorio duplica (o más)
el territorio del sujeto y le ofrece o lo condena
a hablar desde más de un lugar.

Antonio Cornejo Polar

...en el espacio que existe entre irse y volver
hay que fundar la permanencia...

Raúl Rivero

El escritor argentino Martín Kohan explica así la sensación de inquietud que le produce viajar: “Dos días en Porto Alegre, o siete en México, o seis en Chile, o doce en Francia: cada viaje, por sucinto que sea, es capaz de imponerse como un ensayo de emigración” (133). Es una mera afirmación, pero la figura (“ensayo de emigración”) oculta cierto clima de amenaza: la posibilidad del viaje sin retorno. El regreso —la puntual situación desde la que reflexiona Kohan— despierta entonces asociaciones desmesuradas: “Yo volvía apenas de Porto Alegre, de un viaje de apenas dos días. No obstante vivía, con insólita plenitud, en estado de paladeo, la experiencia gozosa del que regresa por fin al lugar al que pertenece”. Su atención se enfoca en esa idea de pertenencia, en la noción de correspondencia entre un sujeto y un espacio. La medida del espacio y de la pertenencia de Kohan —importa decirlo, aun en su obviada— está dada por su espacio, por su propio espacio, por el espacio que hace de aquella lista de lugares una lista de destinos de viaje. Ese espacio es su ciudad: “no es al país adonde uno quiere volver, sino a la ciudad” (136), “Un término de la legalidad preserva esa forma de arraigo: se dice ‘ciudadanía’”.

En la exposición de su pertenencia a Buenos Aires, Kohan sustituye su práctica de la emigración mediante la identificación con sus “héroes de la emigración”. “Tengo héroes (lo digo como dicen, los que tienen vicios, que tienen vicios), y los tengo en ámbitos ciertamente dispares: héroes de la patria, héroes de la literatura, héroes de la crítica, héroes del boxeo” (137-138). Da una lista, por categorías: José de San Martín, Esteban Echeverría, Walter Benjamin, Luis Ángel Firpo, respectivamente. Se trata, en todos los casos, de sujetos marcados de un modo u otro, siempre crucial, por la experiencia del desplazamiento geográfico: las peleas de Firpo en Estados Unidos, el nomadismo de Benjamin, los exilios terminales de Echeverría y San Martín. Pero se trata también —y el texto lo destaca en cada caso— de héroes que han sido objeto de la escritura de Martín Kohan: novelas, cuentos, ensayos, artículos sobre cada uno de estos sujetos desplazados. ¿Será, entonces, que la escritura ha sido su modo de vivir la emigración, como en el viejo cliché pedagógico de “viajar con los libros”? ¿O será, más bien, que la escritura ha sido su modo de emigrar, como en el más nuevo cliché de “la literatura como territorio”, “el texto como la única casa posible” —aun si no es en el exilio? ¿O será que su sentido de la pertenencia a una zona particular de la ciudad de Buenos Aires puede prescindir, ya, de la experiencia de la emigración? Entonces, ¿cómo puede Kohan saber que no pertenece a donde no ha vivido? ¿Es decir algo mencionar que se pertenece a donde siempre se vivió, a donde siempre se volvió?

Kohan no imagina más que literariamente una vida fuera de su pedazo de Buenos Aires. A fines de los noventa, el poeta y periodista cubano Raúl Rivero narra desde la vivencia el “artesanaje de [la] despedida” de una periodista conminada a salir de la isla. “Irse es un desastre. Una catástrofe íntima. Un derrumbe total en el que se ve cómo desaparecen casas, calles, parques, personas, borrados por una fuerza en progreso que, finalmente, saca del paisaje el entramado de una vida” (146). Rivero estaba en ese momento en la misma posición que Kohan: “el que no se va”.

Pero, porque hablamos de Cuba, Rivero no es “el que vuelve”. Su experiencia debe hacerse desde el quedarse, desde una pertenencia mucho menos “retórica” que la de Kohan. La experiencia de sus héroes le permitía a Kohan reconstruir en la escritura una experiencia que su propia experiencia no puede ejemplificar, principalmente porque se trata de una experiencia pretérita: sus héroes son héroes de la emigración, de la distancia en el espacio, pero también son héroes de la historia, de la distancia en el tiempo. La despedida que nos contaba entonces Rivero era, en cambio, una experiencia de su presente, y aun así, igualmente ajena. Nótese, en el fragmento citado, el posible desplazamiento de la perspectiva en el recuento de esa “catástrofe íntima”: de a poco se borra el paisaje ante los ojos, la memoria, de un sujeto, para finalmente desaparecer el sujeto, sus rastros, de ese paisaje. La pertenencia, la correspondencia entre el sujeto y su espacio se ha vuelto, en el texto, un imposible.

Curiosamente, Kohan cuenta el efecto que le provocó ver a Toni Negri en el aeropuerto de Ezeiza, ingresando a Buenos Aires:

En su momento, leyendo su libro *El exilio*, me había dejado perplejo una afirmación de Toni Negri en el sentido de que, en nuestro tiempo, el tiempo que sucedió a la era de las modernidades nacionales, la vigencia de las fronteras había caducado. Yo sabía lo que todo el mundo sabe: que Toni Negri, exiliado en Francia, asilado en Francia, vivía en libertad; pero que, valientemente resuelto, había sido puesto en prisión por el solo hecho de pisar suelo italiano. ¿Cómo podía Toni Negri, me pregunté al leer, y me pregunto todavía, proclamar la caducidad incluso política y jurídica de las fronteras nacionales, cuando para él, para él mismo, la transposición de una frontera de esa índole significó ni más ni menos que pasar del estado de libertad a la condición de prisionero? ¿Cómo podía él, justamente él, postular que esa diferencia (la que define al que emigra, la que define al que inmigra) podía darse por perimida? (132-133).